

Colonialidad y conquista extremos: reflexiones epistemológicas en torno a las comunidades de Tierra del Fuego

Coordinado por Romina Casali¹ y Carlos Santamarina Novillo²

Introducción al dossier

Romina Casali y Carlos Santamarina Novillo

Tierra del Fuego es en sí misma una entidad. No resulta incómodo invocarla como totalidad analítica, allende detalles sobre tiempos o problemas potencialmente involucrados. Por su cualidad isleña, por el exotismo que aún denota, por las formas en las que ingresó al sistema-mundo y sus derivas y voluntades epistemológicas. Las comunidades originarias se erigen como tópico transversal paradigmático; la efeméride del “descubrimiento” del estrecho de Magallanes como la piedra fundamental de esta propuesta académica que cristaliza en este 2021 que no ha hecho más que reflejar las dinámicas globalizadas que entonces iniciaran.

Tierra del Fuego ha sido desde siempre material excelso para el desenvolvimiento científico, tanto como para los huaqueros de datos; para el desarrollo profesional, tanto como para el actuar de aficionados; para las progresiones disciplinares, tanto como para los solapamientos y las articulaciones. Modelo, arquetipo, paradigma, *Tierra del Fuego* es siempre oportunidad. Desde aquí, pero en pos de superar estereotipos y miradas simplistas o que reduzcan el devenir de la región a lo excepcional, marginal y pintoresco, proponemos este dossier.

El poblamiento humano de la Isla Grande de Tierra del Fuego se remonta circa 11000 AP. Se reconocen cuatro grupos poblacionales a la llegada de los colonizadores, sin que esto implique una aprehensión estática y absoluta de su territorialidad, su historia y su cultura: los selk'nam (onas) ocupaban el interior de la Isla Grande, los yámana (yaganes) se distribuían en la zona del canal Beagle y del cabo de Hornos, y los kaweskar (alacalufes) a lo largo de los canales de la Patagonia occidental; los haush habitaban la península Mitre (Figura 1).

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales (INHUS), Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina. romina.casali@gmail.com.

² Departamento de Historia de América, Medieval y Ciencias Historiográficas, Universidad Complutense de Madrid. carlossn@ucm.es.



Figura 1. Comunidades fueguinas, referencia espacial.

Entre 1520 –momento en que Hernando de Magallanes surcó el estrecho que llevaría su nombre– y el asentamiento de los misioneros anglicanos en la actual Ushuaia en 1869, la región no fue ocupada de manera efectiva por europeos. Empero, la zona austral no permaneció ajena a la modernidad, y su importancia geopolítica y económica –que perduró hasta la apertura del Canal de Panamá en 1914– se potenció con los descubrimientos de las islas Malvinas (1592), del cabo de Hornos (1616) y del canal del Beagle a comienzos del siglo XIX. Franceses, ingleses, alemanes, italianos, estadounidenses: decenas de expediciones económico-comerciales y estratégico-científicas que contribuyeron al impacto ecológico, mayor en los maritorios y en los canales y en las respectivas comunidades. “Jemmy Button” es tan sólo una simbólica signatura nominal de las ultrajantes apropiaciones científicas ejecutadas incluso antes de la colonización: los fueguinos como primitivos y modelo de la evolución expuestos en ferias y zoológicos humanos, insumo de las más diversas experimentaciones. La tecnología y el capital de fines del siglo XIX accedieron a comunidades “prístinas” y usufructuaron la estereotipación, al tiempo que inauguraron material y discursivamente el paradigma de la *extinción*.

Luego de numerosos intentos ejecutados desde las islas Malvinas, los anglicanos lograron instalarse en 1869 en lo que hoy es Ushuaia. Ya en 1851 el misionero Allan Gardiner y sus acompañantes habían muerto a causa del escorbuto y el hambre en Bahía Aguirre, pero la tenacidad anglosajona se materializó dos décadas más tarde, durante las cuales la comunicación entre Malvinas y Tierra del Fuego fue espaciada, pero constante. Cuenta la historia que parte de las dificultades no fueron sino revanchas yámana lideradas por “Jemmy Button”. Convertidos en los primeros colonizadores de Tierra del Fuego, recibieron la oferta de gobernar por parte del presidente argentino en 1884, y lógicamente, las primeras 20.000 hectáreas concesionadas del lado argentino. Si de compactar gráficamente colonialidades se trata: con su llegada, los anglicanos potenciaron la merma demográfica yámana, que tuvo un descenso abrupto a partir de la epidemia de sarampión generada por causa de la expedición nacional encargada de fundar la subprefectura, y que vació de contenido la labor mi-

sionera e impelió al reverendo Thomas Bridges a retirarse a las hectáreas recibidas y crear la estancia Harberton.

Tierras cedidas: latifundio. Hacia 1880, después de una etapa de laboreo aurífero, los Estados argentino y chileno comenzaron con la entrega de tierras en un formato latifundista aquí ponderado por la cualidad isleña del espacio y su correlato en la comunidad selk'nam. El grotesco lo porta en este ítem José Nogueira, que en 1890 recibió 1.009.000 hectáreas, es decir el 65% de la tierra chilena apta para la ganadería ovina, que con otras tres concesiones arribaría al 96%. Ésta fue sólo la génesis de la *Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego* que, luego en manos de Mauricio Braun y José Menéndez, lacraría el devenir fuegino y patagónico. Los empresarios ganaderos condujeron taxativamente los destinos del “desierto” fuegino, secundados por la orden salesiana, artífice primordial de las conquistas republicanas. Para cuando decayó la actividad ganadera ya no era relevante que renovaran las concesiones de tierras, ni que cerraran las misiones. Un par de décadas bastaron para que la carátula de la causa *pueblos originarios* mutara de *salvajes* a *desaparecidos*.

El siglo XX no hizo sino potenciar y reproducir los sentidos de ruptura, desarticulación y de irreversibilidad de la conquista; la invisibilización de las resistencias. Se entretejieron narrativas absolutas y se delineó una perspectiva de etnicidades sólo en formato tradicional, esencial y puro, cuyo ineludible corolario no podía ser otro que la posverdad de la *extinción*.

En 1989, a pasitos de los 500 años del simbólico Colón en las Antillas, Francis Fukuyama –imbuido en un deseo por demás economicista y etnocentrista– pronosticó que caerían las historias. Pero en los últimos 30 años las comunidades fueguinas consolidaron su reemergencia, y las ciencias todas actualizaron sus juicios y aprehensiones mediante una dialéctica conceptualmente inversa a la precedente, y que conllevó el definitivo descarte del paradigma de la *extinción*. Indefectiblemente las historias cobraron valor en un complejo proceso donde la sincronía fundamenta una identidad que a la vez requiere de los detalles del devenir. Donde lo atemporal, resignificado, ya no esencializa sino que justifica la continuidad étnica, heterogénea socioculturalmente; una etnicidad como entidad diacrónica, en una múltiple entrada de dinamismo y construcción sincrética en la que lo adquirido y lo legado desvanecen límites.

Así de fortalecidos nos halla la secular celebración magallánica. El presente dossier reúne cinco artículos en los que académicos destacados se manifiestan según perspectivas teórico-metodológicas específicas, pero con el común de contribuir al ejercicio reflexivo sobre las dinámicas intelectuales en torno a las comunidades fueguinas; sobre los devenires metodológicos; sobre las percepciones de las alteridades y las articulaciones con los “sujetos-objetos” en la construcción del conocimiento. Se trata de una aproximación que recupera, actualiza y proyecta los vínculos de las diversas ciencias con las sociedades fueguinas.

En su sinopsis de la arqueología de Tierra del Fuego, Martín Vázquez y Luis Borrero compendian la labor arqueológica en la isla según los criterios disciplinares de ubicación temporal y espacial de los sitios. En un esfuerzo de síntesis de la vasta actividad en la materia, caracterizan y fundamentan las “variadas trayectorias culturales que se ajustan a la notable diversidad ambiental existente”. Dánae Fiore, María José Saletta y Ana Butto ajustan el lapso abarcado (siglos XVI al XX) y suman, a la mirada arqueológica, las cualidades del registro fotográfico y escrito. Mediante un sugerente ejercicio comparativo sobre la presencia de artefactos de caza, pesca

y recolección selk'nam y yagán, razonan tanto sobre las virtudes y limitaciones de cada tipo de fuente, como sobre lo que ello permite inferir acerca de la agencia indígena, ofreciendo así una meditación tan heurística como antropológica. Romina Casali y Alberto Harambour secuencian los itinerarios historiográficos sobre Tierra del Fuego, fundamentando las imágenes disciplinares sobre las comunidades mayormente signadas por la pluma colonizadora, lo cual va en consonancia con el rol de la disciplina en términos comparativos con las que por el tipo de colonización de la isla adquirieron mayor gravitación. Carlos Santamarina establece un análisis que pone de manifiesto las continuidades de la mirada etnocéntrica sostenida tanto por viajeros ocasionales como por antropólogos sobre los fueguinos, a través de las categorías de los *mitos de alteridad*, la *recreación etnográfica* y la *extinción étnica*. Nada más conveniente que cerrar el dossier con el artículo de Ana Cecilia Gerrard, que explicita el marco teórico pertinente para la comprensión de la reemergencia indígena de los últimos años. Se trata de un trabajo que, en definitiva, conceptualiza parte de los objetivos de esta propuesta que, además de condensar los aportes de las diferentes disciplinas que abordaron el devenir fueguino, se erige como instancia de reflexión sobre trayectorias intelectuales no exentas de elementos susceptibles de tensionar desde la actualidad.

Agradecemos la predisposición y el compromiso de los autores que, reconocidos por su vasta trayectoria en los temas en cuestión, nos honraron con su participación en esta convocatoria. Agradecemos a la revista por la oportunidad y el espacio en una publicación de renombre e impacto. Entendemos que mediante esta iniciativa es factible no sólo contribuir a la divulgación de investigaciones robustas y de calidad, sino también al fortalecimiento de debates imprescindibles en los que el conocimiento como acto situado enriquece a todos los actores involucrados.